



Save the
Children.

REDBOL
RED NACIONAL DE PERSONAS QUE VIVEN
CON EL VIH/IDA EN BOLIVIA



Historias
de

VIH/IDA

Para
y Niñas, Niños
Adolescentes



HISTORIAS DE VIHDA PARA NIÑAS, NIÑOS Y ADOLESCENTES

Save the Children

Marianela Montes De Oca

Directora de País

Revisión

Equipo Proyecto Adolescentes Empoderad@s para Prevenir Embarazos, VIH y Violencias en Bolivia

Jaime Villalobos - **Coordinador Proyecto**

Aldo Espinoza - **Oficial de Monitoreo, Evaluación y Rendición de Cuentas**

Rodolfo Vargas - **Oficial de Género**

María Condori - **Técnica Implementadora Municipio de El Alto**

Equipo Comunicación

Fabiola Calderón - **Coordinadora Nacional de Comunicación**

Negri Vaca Diez - **Responsable Técnico en Comunicación Digital y Documentación**

Elaboración

Claudia Adriázola Arze - **Consultora de Save the Children (autora)**

Claudia Milenka Illanes - **Consultora de Save the Children (ilustradora)**

Nubia Álvarez Poppe - **Consultora de Save the Children (diseñadora)**

Impresión:

IMPAKTO Producciones

Cel.: 730-74366

La Paz, Bolivia año 2020

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos especialmente a RedBol por su valioso apoyo y permitir desarrollar entrevistas y trabajo de campo con las niñas, niños adolescentes y las familias que participan en RedBol.

PRESENTACIÓN

En Bolivia, como en varios países de Latinoamérica, las niñas, niños y adolescentes son el rostro oculto de las políticas respecto al VIH/SIDA. Ellas y ellos carecen de acceso a los servicios más básicos de atención y prevención, y miles han perdido a sus madres y padres a causa del VIH/SIDA.

Estos cuentos están pensados para explicar, de forma sencilla, los conceptos básicos sobre el VIH y realizar una reflexión sobre esta realidad que ha sido invisibilizada en nuestro país.

El contexto está situado aquí, en nuestro país, en sus distintos departamentos. **Cada historia ha sido escrita con base en una vida real, en personas de carne y hueso**, aunque se han cambiado algunos elementos como nombres, lugares y otros detalles para mantener en reserva la identidad de sus protagonistas.

Las historias de vida recopiladas en este libro buscan:

- Luchar contra el estigma, facilitando la aceptación y la inclusión social.
- Facilitar la capacitación adecuada y el empoderamiento necesario de niñas, niños y adolescentes que les permita ejercer su rol de autocuidado.
- Divulgar información sobre el VIH al grupo poblacional de niñas, niños y adolescentes entre los 10 y 14 años.
- Ser una herramienta de soporte para las familias que viven con VIH y facilitar un diálogo intrafamiliar.
- Ser una herramienta de soporte en el proceso de comunicación del diagnóstico a niñas, niños y adolescentes.
- Ser una herramienta que visibilice el problema en nuestra sociedad.
- Ser una herramienta que sensibilice a la sociedad en relación a las familias que viven con VIH.

Estas historias abordan temas complejos, por lo que se recomienda que una persona adulta acompañe la lectura y el comentario de los cuentos.



DESDE ADENTRO

Hace muchos, muchos años, en un lugar especial que existía dentro de las venas, había un laboratorio donde las trabajadoras y trabajadores de la salud se dedicaban día y noche a buscar una cura para un nuevo virus que había aparecido en ese lugar, y que se veía muy amenazador.

Las científicas y los científicos en ese laboratorio estaban muy cansados. Sentían que a veces avanzaban un poquito, pero cada vez las pruebas fallaban y la presencia del virus era muy poderosa. ¡Parecía indestructible!

Todos los lunes, los cincuenta científicos especialistas se reunían para analizar mejor el virus y así poder combatirlo. Ya sabían que era uno de los intrusos más complejos que habían atacado el lugar donde vivían; es decir, la sangre.

La sangre hasta hacía poco era un lugar seguro donde sus habitantes vivían más o menos tranquilos y en paz. Alguna vez habían recibido amenazas, que ellos lograban combatir con los medicamentos que conocían hacía tiempo. Pero cuando apareció ese nuevo virus, los habitantes de la sangre se sintieron asombrados por su increíble ferocidad.

Los más afectados eran los glóbulos blancos.

—¡No puede ser, este virus no nos deja hacer nuestro trabajo! —reclamaban algunos de ellos.

—Ya no puedo defender el cuerpo de mi dueño como antes. Mis poderes de protección contra las enfermedades han disminuido grandemente se quejaba otro glóbulo blanco llamado linfocito CD4.

—Este virus nos debilita y no nos deja trabajar —decían desanimados otros glóbulos blancos.

Como todos sabemos, los glóbulos blancos en la sangre son los encargados de defender el cuerpo, ayudando a combatir infecciones y otras enfermedades. Así que debían encontrar una manera de luchar contra ese terrible enemigo.

El virus se veía como una pelota con cuernitos y antenas. No tenía verdaderamente una apariencia maligna o extremadamente desafiante.

—No puede ser que este enemigo tan peligroso tenga un aspecto tan cómico —comentó el médico jefe a cargo, mientras observaba sorprendido el torrente sanguíneo a través de la ventana—. ¡Si hasta parece un pequeño extraterrestre!

Las habitantes y los habitantes de la sangre se hubieran reído, si no fuera porque ese intruso les quitaba el sueño y los mantenía preocupados todo el tiempo porque implicaba una amenaza latente. Eso significa que era como si estuviera en ese lugar disfrazado y oculto, disimulando ser buenito, para atacar salvajemente en el momento menos pensado. Si eso seguía así, el cuerpo de su dueño podía enfermar gravemente.

Cuando lo detectaron por primera vez, nadando feliz en la corriente de la sangre, los estudiosos lo analizaron con todo detalle y lo bautizaron con el nombre nada pomposo de VIH.

—Es la forma corta de nombrar al Virus de la Inmunodeficiencia Humana —aclaró el médico jefe a toda la población de la sangre, cuando su equipo de trabajo terminó de analizarlo.

—Es como si un dragón viviera junto con nosotros. Lo vemos ahí flotando a nuestro lado y sabemos que en cualquier momento nos puede embestir con todo su poder —opinó una pequeña célula roja de la sangre.

Y así, un buen día, como ocurre con muchos héroes y heroínas anónimos, una joven científica, la más tímida y que pasaba más desapercibida, entró corriendo al laboratorio. Hablaba tan atropelladamente, que les tomó tiempo calmarla y lograr que les explicara el motivo de su emoción y entusiasmo.

—Tal vez no podamos eliminarlo definitivamente —dijo finalmente, y luego de tomarse tres vasos de agua y de que la hicieran respirar contando hasta cien, —pero sí podríamos confundirlo durante suficiente tiempo como para que se mantenga como está, flotando inactivo en la sangre, y que nuestro dueño tenga una vida normal.

La pequeña científica sonrió al ver, primero, la cara de asombro de sus colegas, y luego notar una luz de esperanza iluminar sus rostros circulares. Hasta el gran médico jefe, que solía ser muy serio, se veía ilusionado.



—¿Está segura, doctora Linfocina?

—Completamente, doctor —aseveró la pequeña científica.

—¿Y cómo pretende lograrlo? —preguntó el médico jefe con su voz de trueno.

—Pues, pues... estaba pensando en eso de que este virus es como un gigante dormido, como un dragón que convive con nosotros inoperante y atontado. Sabemos que puede ser muy feroz, pero la mayor parte del tiempo flota sin hacer nada a nadie. Está inactivo —la doctora Linfocina tomó aire—. Por eso, pensé que ya que no podemos hacerlo desaparecer por completo y para siempre, que veamos la manera de mantenerlo así todo el tiempo, oculto dentro de nuestro hogar, pero sin que se anime a hacer nada. En otras palabras, señoras y señores, células y glóbulos,... anular sus capacidades. Ser como la Kryptonita que inactiva a Superman y que le quita toda su energía...

Nadie en el laboratorio se atrevía a respirar. Algunos científicos tenían incluso la boca abierta en forma de O y se veían muy chistosos.

—Suena bien, suena bien, doctora Linfocina..., ¿y entonces cuál es la fórmula mágica que usted propone?

Como si fuera realmente una maga, la pequeña extrajo de la manga de su mandil una cápsula fucsia.

—¡Es inmensa! —exclamó sorprendido un glóbulo rojo que estaba al fondo del laboratorio.

—Eso es verdad —afirmó la doctora Linfocina—... pero dígame, honestamente, estimada colega: Si yo le prometiera que en esta cápsula está la garantía de que el dragón permanecerá dormido sin atacarla a usted ni a todos los glóbulos blancos que viven en nuestro sistema ni una sola vez, ¿no elegiría tomarla diariamente para mantenerse sana y en paz?

Dicho esto, todos los científicos y científicas del laboratorio en la sangre rompieron en gritos vitoreando el descubrimiento de la pequeña — pero inmensa— doctora Linfocina. Fue tanta la algarabía, que se enteraron hasta los habitantes de todos los órganos, de los tejidos, de los huesos y de las articulaciones. Hasta las neuronas se anoticiaron contentas del gran logro y pasaron la voz con gran algarabía, ocasionando que el dueño del cuerpo sintiera de golpe una inmensa felicidad sin saber muy bien por qué.

Sé que ustedes dirán que esto es solo un cuento. Pero así son a veces las historias que tienen un final feliz.

Y eso es tema para otra historia...





ME GUSTA-NO me GUSTA

“No me gusta tomarme esas pastillas. ¡No me gusta! Son grandes, gordas y me dejan feo sabor en la boca. No me gustan, mamá, por quinta vez te lo digo. La próxima, me volveré a tirar al piso y a gritar en medio de la gente para que sepan que me quieres dar esas cosas tan horribles. Y le voy a contar a mi abuelita que me miraste feo y que me dijiste que no podía ver tele si no me tomaba la pastilla. Ya te lo dije, mamá: ooodio-la-pastiiillaaa. Y no se te olvide: ya-no-la-pienso-tomar-nunca-más. La ooodiooooo”.

Manuel observaba con la boca abierta el berrinche que armó un pequeño niño en el lugar de entrega de los antirretrovirales. No lo podía creer. “Este enano no debe tener ni siete años”, pensó. La mamá miraba a su hijo sin saber cómo ocultarlo. Sonrió mirando a todos como disculpándose y trató de arrastrarlo hacia fuera para que dejaran de mirarlo fijamente.

De uno de los consultorios salió un médico grandote con cara de malo. La bata le quedaba hasta la cintura y las mangas apenas llegaban a los codos. Parecía Hulk en plena transformación.

—¿Quién grita así? ¿Quién odia la pastilla? —su voz hizo retumbar los vidrios y dejó quietos a todos los que estaban en la sala de espera.

El pequeño berrinchudo se calló de golpe y se quedó mudo mirando al doctor inclinando la ca-

beza hacia arriba. Hacia bien arriba porque el doctor era altísimo. Su boca se había quedado abierta en forma de A y pestañeaba repetidamente, como cuando te entra una basurita a los ojos. “Santo remedio”, pensó aliviada la mamá, mientras le dirigía una sonrisa agradecida al doctor y apartaba cariñosamente al pequeño.

—No, señora. En serio. No se lo lleve. Quiero que me explique por qué odia la pastilla. A ver, niño, explícame. Quiero entenderlo: ¿por qué odias la pastilla?

Todas las personas se quedaron calladas, mirando cada una desde donde se hallaba al pequeño de la pataleta.

Manuel sintió gran curiosidad, pues acababa de ser diagnosticado con VIH y era la primera vez que tomaría la medicación. El joven tenía quince años y su pareja le había confesado que tenía el virus del VIH en la sangre, así que era muy probable que se lo hubiera transmitido por tener relaciones sin protección. Poco después de eso, Manuel se sintió verdaderamente enfermo, como si lo molieran a palos. Así que decidió acudir solo a la posta, donde le hicieron el test rápido y salió positivo. Después, otro test más complejo le confirmó la mala noticia: Manuel era seropositivo. Sin contárselo a nadie, ni a su mamá, ni a su papá, a sus hermanos o a sus amigos, el muchacho decidió comenzar el tratamiento por cuenta propia, y mantenerlo todo en secreto.

Así que sí, a él realmente le interesaba una opinión sobre la medicación, proveniente de un niño que tenía más o menos la mitad de años

que él, y que ya la había probado antes.

El pequeño no pareció asustarse. Ni incomodarse con la presencia del médico. Todo lo contrario. Se notaba que lo que él quería era un poco de atención. Y allí, en medio de la sala de espera casi llena, lo que más tenía era, precisamente, mucha atención. Solo para él.

Cruzó los brazos y, mientras el doctor-Hulk se agachaba hasta su altura para que se miraran a los ojos, comenzó a hablar con bastante seguridad para su edad. (Mientras, su mamá pensaba que ese era un buen momento para que se la tragara la tierra)

—Las odio porque son asquerosas —afirmó con aplomo y seguridad.

—Ahhh, conque asquerosas, ¿eh? —preguntó el doctor fingiendo incredulidad—. ¿Y qué otras cosas te parecen asquerosas, niño?

Vista desde donde estaba Manuel, la escena era muy divertida: un pequeño niño, de unos ocho años, haciendo un puchero, con los brazos cruzados, y un doctor inmenso con una bata blanca que parecía prestada o que se había encogido, agachado hasta la altura del niño, mirándole muy serio a los ojos. Y la mamá, colorada y tratando de hacerse invisible, parada a un ladito.

—También es asqueroso el pescado, la remolacha, la coliflor, el brócoli y la sopa de lentejas que hace mi mamá —dijo muy seguro de sí mismo.

—Ohhh, ¿así que tu mamá no es buena cocinera?

El niño negó con la cabeza: —Es la peor del mundo.

Todos en la sala trataron de disimular la risa. Algunos no lo lograron.

La pobre mamá mostraba todos sus dientes, tratando de sonreír. Pero parecía que más tenía ganas de hacer pis, porque movía las piernas chocando una contra la otra y movía los hombros de forma muy extraña.

—Bueno, amiguito. A veces hay cosas que nos gustan. Y a veces hay cosas que no nos gustan. ¿Cuál es tu nombre?

—Benjo —a esas alturas, el puchero se había suavizado un poco y la cara de Benjo parecía más la de un niño normal.

—A ver, dime Benjo. ¿A ti te gusta que te duela la panza?

—No.

—¿Que te duela la cabeza?

—No.

—¿Que te dé fiebre?

—Nop.

—¿Que tengas ganas de vomitar?

—Huácala, ¡no!

—Y, dime, Benjo. Imaginemos que tenemos una balanza, como las que usan las fruterías en el mercado... Imaginemos que vamos a poner algunas cosas para ver cuál pesa más. ¿Qué te gusta más, la sopa de lentejas de tu mamá o la pastilla?

Benjo se tomó unos segundos para pensar. Cerró los ojos, imaginó la situación. Puso caritas de asco y al fin respondió:

—La pastilla.

La cara de alegría del doctor no pudo ser mayor. Tampoco la cara de decepción de la mamá de Benjo.

—Muy bien, Benjo. Y dime, ¿qué te gusta más, la pastilla o sentirte enfermo?

—Pues... —el pequeño dudó, pues sabía que estaba por dar su brazo a torcer— me gusta un poco más la pastilla. Pero solo un poquito más, ¿ehh?

—Claro, claro —afirmó el doctor triunfante, mientras se incorporaba—. Tienes que imaginarte esa balanza cada día de tu vida, un poquito antes de tomar tu pastilla. ¿Está bien, Benjo?

El niño asintió. Por supuesto que prefería sentirse bien a pesar del VIH. La mamá le dio una amplia sonrisa al médico, mientras él sacaba de su bolsillo un chupete enorme y colorado para regalarle al pequeño.

Al salir con el niño por delante, la mamá giró y agradeció nuevamente la acción del gigante doctor juntando ambas manos, como si rezara.

Toda la gente allí sonrió después de ver el final feliz de toda esa escena. Una viejita hasta aplaudió. Y el doctor, que no había resultado tan malo como les había parecido a todos, hizo una reverencia y se entró nuevamente a su consultorio.

Manuel se sintió aliviado también. ¡Vaya inicio de su nueva vida con VIH!, eso sí que no se lo había esperado.

Lo que sí, a Manuel le gustaba mucho más la sopa de lentejas que hacía su mamá que sentirse enfermo como si lo molieran a palos.



Las COSAS que IMPORTAN

Me llamo Francisco. Tengo doce años. Mi mamá tiene VIH. Se lo transmitió mi papá hace varios años. Nosotros somos una familia normal, que vive, a pesar de todo, bastante feliz y unida.

Mi mamá se enteró de que tenía el virus cuando me estaba esperando a mí. Su doctora le comenzó a dar la medicina especial cuando estaba embarazada de cinco meses. Y aunque ella tenía muchas ganas y era lo que más quería en el mundo, no me pudo dar su leche, para no transmitirme el virus a mí también. Es que algunas de las formas de transmisión del VIH a los bebés son mediante el parto y también que la mamá les dé su leche. Como mi mamá ya sabía que tenía el VIH, para no pasármelo, decidió que le hicieran cesárea y me dieron leche de fórmula desde mi primer día de nacido.

Cuando yo nací, me dieron la medicina a mí también, para evitar que recibiera el virus. Cuando tenía un año me hicieron las pruebas y todo salió negativo, así que los únicos que tienen el virus en mi casa son mis papás. Mi hermano mayor, Josué (que tiene quince años), tampoco lo tiene.

Y aunque diga que somos felices, las cosas no siempre son fáciles. Cuando yo estaba en segundo de primaria, alguien en el colegio se enteró de que mis papás tienen el virus.

Fue la peor época de mi vida, porque nadie se me quería acercar. Ni siquiera Kevin, que era mi mejor amigo, ni Daniela, ni Leonardo, ni Scarleth. Nadie. “Ahí viene la plaga”, me cantaban y todos salían corriendo como si estuviéramos jugando pesca-pesca. Y yo siempre fuera el que pescaba. Solo que yo no quería jugar.

En el aula me sentaba bien atrás y alejado del resto, y muchas veces me llegaban volando papeletos que tenían escrita la palabra “plaga”. Todos se giraban para mirarme, algunos muertos de risa. Otros, muertos de miedo.

El peor recuerdo que tengo de esos días fue una vez durante un recreo. De alguna manera, todos los alumnos y alumnas del colegio nos arrinconaron a mi hermano Josué y a mí contra la pared en el patio. Nos gritaban de todo. Pero recuerdo claramente que, más que nada, nos gritaban que nos fuéramos.

Los profesores y profesoras, en vez de ayudarnos, se mantuvieron al margen y no hicieron nada. Con tanto griterío, llegó la directora poco después y mandó a llamar a nuestros papás. Les sugirió amablemente que nos sacaran del colegio.

Creo que tomó la decisión más cómoda para ella. Y también me imagino que les dio gusto a los otros papás que se lo exigían. Es que nadie nos quería cerca.

A las pocas semanas, comenzamos clases en otro colegio. Se sentía bien empezar de nuevo en un lugar donde no nos conocían y pensaban que éramos iguales a ellos. Incluso algunos se

acercaron a saludarme amigablemente. Hasta me dieron la mano.

Un día, al volver a clases después de las vacaciones, entró al aula el profesor Uría. Era nuestro joven profesor de matemáticas. Se lo veía diferente a los otros días. Parecía enojado. Entró sin saludar —cosa rara en él—, nos miró con una mirada helada que nos asustó.

A esas alturas, yo ya sabía que el profesor Uría era una persona muy amable, que se sabía ganar el respeto y el cariño de todas las personas. Por eso, también me llamó la atención su seriedad. De pronto se giró hacia el pizarrón y con un chillido de tiza, escribió con letras bien grandes en el medio de la pizarra: “VIH”.

Sentí como si alguien me hubiera dado un sopapo y me fui hundiendo avergonzado y atemorizado en mi asiento. “Han descubierto mi secreto”, pensé, mientras buscaba con la mirada la puerta para salir corriendo de allí.

—A ver..., ¿quién sabe qué es VIH? —preguntó aplaudiendo para quitarse la tiza de las manos. Y agregó, pronunciando fuerte y claro: —Ve-I-Hache.

Nadie respondió.

Tomó aire para volver a hablar y me dedicó una mirada cariñosa y cómplice. Fue solo un instante. Una mirada flash y pequeña. Entonces me fui tranquilizando. Tal vez, después de todo, no me delataría frente a mis nuevos compañeros.

—¿Les suena? ¿Alguien podría decirme?

Tímidamente levantó la mano una niña llamada Camila.

—Es una enfermedad —casi susurró.

—Sí, y te puedes morir —agregó despacio Julio.

—¿Puedes tener el VIH con solo mirar a alguien que lo tenga? —preguntó Leticia.

Se hizo un silencio.

El profesor Uría finalmente sonrió. Giró nuevamente y fue anotando una lista en la pizarra, mientras decía con mucho énfasis en la voz:

—El VIH no te lo puede pasar alguien que lo tenga con solo mirarte. Ni siquiera por darle un beso o un abrazo. El VIH se transmite por la sangre. El VIH no se cura, pero si se toma una medicina especial, se puede tener una vida normal y larga.

Toda la clase atendía en silencio. Nadie comprendió por qué el profesor de matemáticas nos hablaba de ese tema. Hasta que nos dijo, como leyendo nuestro pensamiento:

—Hoy es cumpleaños de mi mamá. Ella vive hace varios años con VIH. Es una gran mujer —me dio la impresión de que iba a ponerse a llorar en cualquier momento, pero logró controlarse—. Simplemente ha sufrido mucho porque la gente, al conocer su estado, la ha tratado muy mal. Incluso nuestra familia. Pero, bueno. Hoy que es su cumpleaños quiero decirles a ustedes algo que es verdaderamente importante, y lo aprendí de ella: nadie en el mundo, por el motivo que sea, merece ser maltratado. Y nadie tiene el derecho de maltratar a nadie tampoco. Por el motivo que sea. No lo olviden nunca, por favor.

El resto de mis compañeras y compañeros se había quedado mudo. Creo que hasta Nelson, que era el más rudo de todos, había quedado impactado.

De eso han pasado ya casi cuatro años. El profesor Uría, más allá de las matemáticas, nos enseñó siempre las cosas más importantes para la vida, que son las cosas que no se pueden ver; que son las que no se pueden sumar y restar; que son las cosas que no se pueden calcular. Y que son, en realidad, las que más felices nos hacen.

Hace poco acompañamos a mis papás a un encuentro de personas con VIH en la ciudad de Santa Cruz. Allí me encontré con el profesor Uría y su mamá. No se sorprendió al encontrarnos allí, a mi familia y a mí. Es más, noté que su mamá y la mía eran amigas hacía mucho tiempo. Cuando me di cuenta de ello, también me fijé que el profesor Uría me sonreía enigmáticamente.

—Todos merecemos que nos traten bien, ¿verdad? Nadie merece experimentar lo que tú y tu hermano vivieron hace tiempo en el otro colegio. Y me alegra que ahora tengas tan buenos compañeros.

Me sonrió con su amabilidad de siempre y me dejó pensando que más adelante, cuando yo fuera grande, me encantaría llegar a ser un profesor como él.



EL SECRETO NECESARIO

Loretta Aguilar tiene nueve años. Vive con su mamá, con su papá, con su abuelo Belisario y su pequeño hermano Tomás. Su casa está ubicada en una villa cerca del centro de la ciudad.

El papá de Loretta trabaja como chofer de minibús desde hace varios años. Se levanta muy temprano, da un beso a todos (menos al gato, porque él al gato no lo quiere mucho) y sale ajustándose el cinturón para que su pantalón no caiga por los suelos mientras camina.

Un día de diciembre, cuando estaba de vacaciones, Loretta no se sentía tan bien.

Todo comenzó con un dolor de cabeza inusual y una hinchazón en la barriga.

Liliana, la mamá de Loretta, le dio algunas pastillas para el dolor, pero varios días después, Loretta seguía con muchas molestias y no podía ni ir a pasar clases a su colegio.

—Vamos a la posta, hija —dijo finalmente Liliana, agarrando cariñosamente la mano de su pequeña.

Después de tomarle una muestra de sangre y de revisarla con el estetoscopio, con sus lentes y luces especiales, la doctora Flores le dijo sería, pero sin dejar de ser cariñosa:

—Mira, Loretta, hay un problema con tus defensas: tienes VIH. Tu cuerpo tiene menos resistencia que el de otros chicos de tu edad. Y siempre va a ser así, porque en tu sangre se ha instalado este virus. La buena noticia es que hay una medicina especial que te va a ayudar a mantenerte sana. Pero tienes que tomarla todos los días de tu vida. No puedes olvidarte nunca de hacerlo.

Lorena y Liliana escucharon atentamente.

—¿¿Todos los días de la vida?! —preguntó sorprendida Loretta—. ¿Y si la tomo solo por un tiempo..., esa medicina no me va a curar?

—Loretta, el VIH es como un dragón que se pasea libre por tu sangre. Va a estar ahí siempre. Y esta medicina funciona como una jaula que lo mantiene atrapado para evitar que te haga daño —dijo la doctora.

Tanto Loretta como su mamá estaban sorprendidas. Más aún cuando la doctora Flores le dijo a Liliana que sería bueno que toda la familia se hiciera una prueba de sangre, y peor todavía cuando en el resultado salió que los papás de Loretta y el pequeño Tomás también tenían el virus. El abuelo Belisario era el único que no lo tenía. Todos se sentían muy tristes.

—Voy a tener que dejar de trabajar —lamentó Osvaldo, el papá de Loretta—. Cuidado contagie a los pasajeros que estén cerca de mí.

—No, don Osvaldo. Las cosas no ocurren así —aclaró la doctora Flores—. Para empezar, el VIH no se contagia; el VIH se transmite. Pero no se transmite por estornudos, ni por saliva, ni por estar cerca, ni siquiera por compartir el mismo

vaso o estar en la misma piscina. Así que no se preocupe. Mientras tomen su medicina diariamente y se hagan controles periódicos, pueden estar tranquilos.

Algún tiempo después, Osvaldo y Liliana les dieron a sus hijos la buena noticia de que iban a tener una hermanita.

Cuando nació la bebé, algunas enfermeras en el hospital trataron mal a Liliana, por tener VIH. Una, incluso le dijo que no debería siquiera atreverse a ser mamá. Pero Liliana y las personas conscientes saben que, con varios cuidados, las personas con VIH pueden tener una vida normal. Y pueden hasta tener hijos sin transmitirles el virus.

—La gente no tiene mucha información sobre este virus y, en vez de informarse, prefiere hacerse a un lado y discriminar a los que lo tenemos —lamentó Osvaldo con mucha tristeza.

Es así que la familia de Loretta tomó una importantísima decisión: no le contaría nunca a nadie lo que estaba pasando.

—Hay cosas que las personas no necesitan saber —opinó Liliana—. Hasta que la gente no se entere bien de cómo es el VIH y que se dé cuenta de que las personas con VIH somos personas como cualquier otra, no vale la pena que sepan que nuestra familia lo tiene.

Y así fue como, por causa de la discriminación, la familia Aguilar decidió guardar este secreto, y así pudieron vivir una vida completamente normal.



PONERSE en los ZAPATOS del otro

En su barrio en Santa Cruz de la Sierra, la conocían como la Chinita, porque cuando sonreía, sus ojos color café, casi amarillos, se volvían como dos rayitas perdidas debajo de sus cejas.

Su nariz era un pequeño punto en medio de su carita ovalada y su cabello ondulado estaba casi siempre atado en una cola de caballo.

La Chinita en realidad se llamaba Belén y tenía 10 años recién cumplidos.

Belén vivía con Graciela, su mamá, en un pequeño cuarto que alquilaban con lo poco que la mujer ganaba vendiendo dulces en los semáforos de la ciudad. Cuando Belén nació, su mamá se puso realmente mal y fue entonces que descubrieron que tenía VIH. Como el parto había sido natural y ya le había dado leche a Belén, la pequeña también había recibido el virus.

Su papá había fallecido poco tiempo atrás, cuando lo asaltaron una noche para robarle la billetera.

Y aunque todas estas cosas podrían hacer de Belén una niña muy triste, ella seguía sonriendo y tratando de hacer las cosas siempre con alegría y entusiasmo, pues de su mamá había aprendido a despertar feliz, agradeciendo cada nuevo día en su vida. “La vida sigue y hay que ser lo más feliz que se pueda”, pensaba, a pesar de las cosas difíciles que le tocaba vivir.

Muchas veces, después de acabar sus tareas, Belén acompañaba a su mamá hasta el semáforo para ayudarle a vender. Y otras veces en que Graciela no se sentía tan bien, Belén la reemplazaba y hacía sola toda la venta del día. Se ponía un guardapolvo que le quedaba un poco grande y se colgaba a los hombros una bandeja de madera en la que habían colocado unos tirantes para poder cargarla con mayor comodidad.

La sonrisa de Belén, dulce y sincera, cautivaba a los conductores y conductoras que la saludaban con amabilidad al comprarle sus dulces. Aunque no todos eran siempre tan amables. Algunos le daban miedo a la pequeña, porque le decían cosas horribles que ella luego recordaba en la noche o que surgían de pronto en sus pesadillas. “Cuidate, cambita, la próxima te llevo a mi casa”, le había dicho un tipo mugroso con la camisa abierta. “Cuando tu mamá no esté, te voy a dar un beso”, le dijo otro chofer de taxi. “Cuando te descuides, te robo”, le dijo un transeúnte que también trató de acariciarla.

Todos esos tipos se le aparecían en sus sueños y la atemorizaban mucho. Pero Belén prefería no contarle nada a su mamá, porque no quería preocuparla ni ponerla triste.

En los momentos en que Graciela se indisponía o le daban esos terribles dolores de cabeza, se sentía triste pensando que tal vez no iba a poder cumplir su máximo sueño que era ver a su hija graduándose. Es más, a veces pensaba que ni siquiera lograría acompañarla cuando cumpliera quince años.

Pero lo que la ponía verdaderamente triste era pensar en la posibilidad de dejar sola a Belén, su Chinita, porque solo se tenían la una a la otra. No tenían más familia, y sus amigos de confianza eran realmente muy pocos. Por no decir ninguno.

Un día llegó al barrio una nueva familia. Venían desde Oruro porque el papá había conseguido trabajo en Santa Cruz de la Sierra. Su casa quedaba justo al lado de la construcción donde Belén y su mamá alquilaban su cuarto.

Mientras metían los muebles a la casa, Belén observó que había una niña más o menos de su misma edad. Ella se mantenía a un lado, observando el trabajo de mudanza. Pronto, Belén se dio cuenta de que la otra niña tenía un extraño armazón en la pierna, y de que cojeaba visiblemente.

—Hola, ¿cómo te llamas? —se acercó Belén a la niña, sonriendo como siempre.

—Soy Abril —respondió la otra tímidamente.

—¿Qué le pasó a tu pierna? —preguntó Belén, señalando con un movimiento de cabeza el armazón de Abril.

—¿Esto...? Pues... es un aparato que me ayuda a caminar. Es que de chica me dio poliomielitis.

Belén se quedó mirando a su nueva amiga. Poliomielitis. Era una palabra que no había escuchado nunca antes.

—Es una enfermedad que me dio y me paralizó los músculos de la pierna izquierda. Pero más bien solo un poco. Podría haber sido peor.

Belén no imaginó qué podría haber sido peor, pero se quedó con la pregunta en la punta de la lengua, pues apareció el papá de Abril, un señor muy amable, que las invitó a pasar a la casa.

—Vamos a tomar tecito —les dijo cálidamente, incluyendo a Belén en la invitación.

La casa de Abril, aunque todavía desordenada, se veía muy linda. Era grande y tenía dos pisos.

—Ven a conocer mi cuarto —le dijo y, agarrando a Belén de la mano, la llevó cojeando por las gradas.

Juntas decoraron el cuarto de Abril, acomodando peluches, cuadros y juegos de mesa, y jugaron felices hasta que oscureció. Sin embargo, en algunos momentos, Abril se quedaba callada y pensativa. Pero Belén lograba sacarle una sonrisa haciendo cualquier payasada.

—No tienes que estar triste, Abril, tienes todo para ser feliz: una familia completa, una casa linda y grande, tu cuarto propio... ¿Por qué te pones tan triste a ratos?

—En el colegio se hacían la burla de mí. Me hacían a un lado. No tenía amigos —bajó la mirada al suelo—. Y ahora me da miedo pensar cómo me recibirán aquí en mi nuevo colegio.

Poco después, las niñas se dieron cuenta de que Abril iría a la misma escuela que su nueva amiga Belén. Así que ambas se prometieron acompañarse para que Abril no la pasara mal.

Poco antes de despedirse, a Belén se le ocurrió una idea.

—¿Sabes qué decía mi abuela? —preguntó— Que la única manera de comprender a los demás es poniéndose en sus zapatos —y agregó totalmente entusiasmada y con los ojos muy abiertos: —¿Y si cambiamos zapatos, Abril? Así yo podría entenderte mejor a ti, y tú a mí.

Todavía no saben si fue verdad o si fue un sueño, o si fue algo así como un sueño. Pero lo cierto es que al día siguiente, Belén fue Abril y Abril fue Belén. Belén se puso los zapatos especiales de su nueva amiga, que tenían una plantilla especial, tacos especiales y lazos especiales. Y Abril se puso los zapatos rotos de la Chinita, que tenían huecos en varios lugares y estaban bastante desteñidos.

Así, Belén se dio cuenta de que Abril se sentía triste por no poder caminar y correr como sus compañeros y compañeras, y también se dio cuenta de que no todos tenían paciencia para quedarse a jugar al lado de ella. Pero también se dio cuenta de que Abril era una persona bondadosa, de maneras suaves y nobles, y que con seguridad poco a poco encajaría muy bien con otras niñas parecidas a ella, y eso la alegró mucho.

Abril, por su parte, descubrió que Belén tenía el virus del VIH. Que era una niña muy valiente y luchadora, y que su carácter a prueba de todo le permitía levantarse una y otra vez frente a las dificultades. También se dio cuenta de que muchas veces su amiga también se sentía triste y sola, especialmente porque no quería preocupar a su mamá con sus problemas. Y se dio cuenta de que juntas se complementarían más que bien.

Así, las dos, conociéndose mejor que dos amigas que se conocen de toda la vida (porque habían podido estar una en el lugar de la otra), fueron amigas incondicionales hasta que llegaron a viejitas.

Y la verdad es que tener una amiga que es como una hermana es una de las cosas más valiosas que nos puede dar la vida.



PELIGRO a solo UN CLIC

Estela mira divertida a su primo Pablo y ambos se ríen con picardía.

— Dale, pon eso — dice Pablo tapándose la boca con la mano derecha. Sus ojos a achinados están más cerrados de lo normal por tanta risa.

Estela sigue escribiendo en el teclado, y en la pantalla va apareciendo un texto: “Vivo en la calle Los Manzanos”. Por unos segundos, duda, pues ha visto en la tele y su profesora también les ha dicho que no se debería nunca poner datos personales en las redes.

“¿Qué de malo podría pasar, si mi nuevo amigo de Facebook tiene solo catorce años, uno más que yo?”, piensa. Y aprieta Enter.

Pablo se ha puesto más inquieto y se ríe resoplando entre los dedos. Los dos se ponen a saltar por el cuarto y a agitar las manos en señal de nervios.

— ¿Qué dice? ¿Qué dice tu amigo Yerko? — pregunta Pablo asomándose a la pantalla de la computadora.

Los dos vuelven a sentarse frente al escritorio y el cursor en la pantalla indica que el contacto de la niña está escribiendo, pero el texto tarda en aparecer. Mientras esperan que aparezca la respuesta, los niños patean, pues sus pies no llegan al piso y cuelgan de las sillas. Se miran nerviosos. Y se vuelven a reír.

Al fin aparece la respuesta. En el recuadro dice:

YERKO: ¡Pero si vivimos en el mismo barrio, Estela! Deberíamos encontrarnos uno de estos días.

Estela y Pablo ruedan de risa por el piso, agarrándose la panza por tanto reír. Luego, se vuelven a parar y se sientan ante la computadora.

—¿Y ahora...? ¿Qué vamos a escribir? —pregunta Pablo entusiasmado.

—Mmmm... —Estela piensa un momento lo que pondrá— ¡Ah, ya lo sé!

Las teclas van sonando a medida que escribe: “Cuando quieras. Podemos encontrarnos este fin de semana”. Estela se siente extraña por escribir algo tan atrevido.

—¿De verdad se van a encontrar este fin de semana? —pregunta Pablo asombrado. Con sus diez años es un niño inocente capaz de creer todo lo que le digan.

Estela mira de reojo a su primo y le dice:

—Claro que no, tonto. Si esta charla es solo un juego. Ni siquiera me dejarían salir sola...

YERKO: ¡Ojalá seas tan simpática como tu foto de perfil...!

Estela siente que se sonroja de golpe y Pablo abre la boca asombrado. En la fotografía, la niña aparece con una solera roja y ha dejado, como al descuido, un hombro al aire. Su boca está en pose beso, como hacen las actrices y otras famosas.

—Si mis papás vieran esta foto, me matan — afirma la pequeña, entre preocupada y divertida. Pablo solo asiente en silencio.

—¿Cómo conociste a Yerko? — pregunta el pequeño observando que en su foto de perfil, Yerko aparece como un muchacho de entre trece y quince años, de mirada y sonrisa dulces.

—Me pidió ser mi amigo en Facebook hace unas semanas. ¿No es lindo? — dice ella pestañeando y suspirando. Pablo se queda callado y blanquea los ojos.

De pronto, se escucha que la puerta de entrada se cierra.

—Oh, no. Seguro es mamá. Debo apagar de inmediato la compu. Por favor, Pablito, andá a distraerla para que pueda salirme del Face.

Algunos días después, Estela retorna del colegio a su casa. Va distraída pateando piedritas en la calle. De pronto, apoyado contra un poste, está

parado un hombre de aspecto poco amigable que la llama por su nombre.

—Pssst, Estela. Necesito hablar contigo —le dice—. Tengo un encargo de Yerko para ti.

Estela frena de golpe. La apariencia del desconocido la hace desconfiar. Pero la mención a su nuevo amigo la hace dudar. Se queda abrazando su carpeta sin saber bien qué hacer.

—Me ha dado una nota para ti. Dice que te la entregue porque está enfermo y no te va a poder escribir en el chat —notando la indecisión en la niña, agrega—: soy su tío José. Él me dijo que vives en esta calle.

Estela da un paso hacia adelante, observando que, efectivamente, el hombre tiene un papel doblado en la mano. El desconocido aprovecha este movimiento para aprisionarla violentamente con ambos brazos. Estela opone resistencia, pero no sirven de nada sus pataleos y sus intentos de gritar. El hombre es mucho más fuerte que ella. Con poco esfuerzo, la mete a un taxi viejo que está estacionado poco más atrás.

La calle está desierta. Nadie ha visto nada.

Estela siente que el corazón se le va a salir. Las lágrimas le chorrean por las mejillas mientras le ruega al desconocido que la deje ir. Le habla de sus papás. De su primo tan querido que es casi como su hermano y que ella es la hermana que él no tiene. Le dice que de grande quiere ser veterinaria. Que tiene muchos sueños. Que no la

mate. Por favor. Pero él ni siquiera la mira y se pone a manejar con rapidez.

El vehículo da varias vueltas y pasa por algunas calles desconocidas. Estela se da cuenta del engaño y se arrepiente de haber dado su información en la red. Ahora es, probablemente, demasiado tarde para volver atrás.

El taxi sigue avanzando por las calles de la ciudad, que Estela logra reconocer y finalmente estaciona frente a ¿... su casa? Estela se extraña de que el desconocido detenga el vehículo allí. Justo donde ella vive.

—Sal antes de que me arrepienta de esto —le ordena y, en cuanto la niña desciende del automóvil, el hombre pisa el acelerador y el viejo vehículo se pierde por las calles.

Estela no comprende nada e ingresa temblando a su casa. Adentro, la esperan sus papás preocupados por su tardanza. Los tres se abrazan, mientras la muchacha les cuenta lo ocurrido. Sigue temblando, pero está contenida por las personas que más quiere.

Se siente aliviada y agradecida, pues sabe que pocas veces esas situaciones tienen un final feliz como el que ella acaba de tener.

Adolescentes

EMPODERAD@S

para prevenir embarazos, VIH y violencias en Bolivia



Save the Children

Canada

unicef

